

ENTREVISTA AL TRADUCTOR WALTER KERR*

—¿*Qué es la traducción?*

—A mí me gusta hacer un contraste entre la traducción y la interpretación; siempre tomo el primer término sobre la base de sus raíces: la idea de llevar algo al otro lado. Esta idea no sólo se refleja en los idiomas latinos, sino también en los idiomas germánicos; en alemán tienen una palabra muy gráfica para describir la traducción: *Übersetzung*, literalmente ‘poner del otro lado’, es decir, tomar algo, en este caso, un mensaje, y colocarlo “del otro lado del río”, para que otra persona, con otro código lingüístico, pueda recibirlo y entender de qué se trata. Y haciendo referencia al tema de la interpretación destaco que, etimológicamente, *interpretar* sugiere un rol activo; no ya tomar el mensaje y ponerlo del otro lado, sino también mediar en ese mensaje de otra manera. De todas formas, tanto en el caso de la traducción como en el de la interpretación, traductores e intérpretes cumplen con esa función de mediadores para sostener la comunicación, si bien de distinta manera. A veces, la impresión que se podría tener —y que se esfuma cuando se observa el tema más de cerca— es que la traducción es una actividad un poco más sedentaria, estática, pasiva si se quiere. Pero más allá de la etimología del término, obviamente en la traducción entran a jugar toda una serie de factores que hacen que la actividad también sea sumamente dinámica.

Si tengo que resumir lo que es, para mí, traducir, diría que es permitir que otro comprenda lo que está expresado en un código —que, en principio, le es ajeno— y transportar el mensaje (no las palabras) a un código que le permita entenderlo y hacer suyo ese mensaje; o sea, es permitir que un otro

* Entrevista realizada por Mariano Vitetta y Natalia Rezzonico, miembros del Consejo de Redacción de Lecciones y Ensayos.

pueda apropiarse de un mensaje ajeno. Esa sería mi visión, más allá de que veo en la traducción un maravilloso vehículo de comunicación, acercamiento, paz, globalización, avance tecnológico, cultural, etcétera. La traducción, en realidad, es algo que uno está haciendo en todos los ámbitos y casi en todo momento; no solamente como ejercicio lingüístico, sino como ejercicio hasta psicológico de comprensión del ser humano. Uno se está traduciendo a sí mismo todo el tiempo. Esta es una forma psicológica de ver el fenómeno de la traducción: para entenderse uno tiene que traducirse. Aunque hablemos el mismo idioma, para poder comunicarnos entre nosotros, tenemos que traducirnos también. O sea que la traducción no es solamente inter-lingüística, sino que puede ser endo-lingüística también.

—*¿Qué se requiere para ser un buen traductor?*

—Hay una serie de requisitos básicos, quizás obvios y un poco trillados también. Para empezar, un buen conocimiento de las lenguas desde y hacia las cuales se trabaja —esto es lo más evidente—, es decir, lenguas de partida y lenguas de llegada. Y muy importante es el conocimiento de las culturas a las que acompañan esas lenguas. Uno se pregunta, en realidad, si la cultura incluye la lengua como un elemento o si la lengua es la base de la cultura. Si toda cultura se construye sobre la base de una lengua; si es posible pensar una cultura sin una lengua. Para ser no ya “buen” traductor, sino “traductor” se requieren conocimientos lingüísticos y culturales.

También hay otro tipo de factores que tienen más que ver con la personalidad, con actitudes y cualidades personales. Creo que un buen traductor debe ser perfeccionista, paciente y, sobre todo, autocrítico: tiene que poder reencarnar día a día o semana a semana. Yo puedo quedar muy conforme con la traducción que hago hoy, pero, si tomo distancia de mi texto escrito, santificado y sancionado por mí hoy, y lo vuelvo a mirar de acá a una semana, quizás me encuentre con que hay muchas cuestiones que, en esta vida de traductor de hoy, ya no me cierran. Es probable que mi encarnación de traductor de acá a siete días objete o encuentre mejorables muchos aspectos. Un traductor, como ser humano, está sujeto a los vaivenes del cansancio, de las cuestiones físicas o de la salud. Uno puede estar más inspirado un día que otro; es así de simple. Estos son los puntos básicos.

—*¿Cuál es la mejor manera de adquirir esos conocimientos de lengua y de cultura?*

—No creo que haya un camino único para adquirir conocimientos de lenguas. Sí me parece que uno tiene que encontrar su propio camino. A algunos las lenguas les llegan por accidente; en mi caso puntual, yo tuve el

beneficio de heredar el inglés y el castellano en casa, porque la lengua oficial allí era el inglés –tengo ascendientes escoceses– y, viviendo en la Argentina, aprendí el castellano, obviamente. Mi caso es un ejemplo de cómo el inglés puede llegar por accidente. Pero, también, incluso en un caso así, hay gente que tiene actitudes muy diferentes respecto de esa lengua que le llega servida, hay personas que luego dejan de vincularse con esa lengua.

Es interesante analizar el tema del bilingüismo, por ejemplo lo que pasa con los padres que hablan inglés y les hablan exclusivamente este idioma a sus hijos en la casa, pero quizás sus hijos les contestan en español, o bien les contestan en inglés, pero prefieren el castellano. Hay actitudes bastante divergentes en esos casos.

Yo tuve la suerte (quizás un pedagogo diga que esto es un horror) de tener un padre que era muy estricto con el tema del idioma. Si yo le hablaba en algún momento en castellano, él me decía que no entendía, entonces yo le tenía que repetir lo dicho en inglés. Probablemente un psicólogo diga que eso es lo peor que se puede hacer, porque existiría el riesgo de generar un rechazo. Pero parece que yo salí conformista, porque decidí seguir el mandato y terminó sirviéndome. Ya desde muy chico me interesaban los idiomas en general. Cuando uno crece en un contexto bilingüe, uno aprende a discriminar quiénes entienden un idioma y quiénes otro. A mí no me pasaba de hablarle a una persona que solamente hablara castellano en inglés, y lo mismo a la inversa; sabía con quién manejar cada código.

Obviamente el recorrido habitual es tomar clases con algún profesor, ir a un instituto, etcétera, pero, más allá de eso, me parece que después hace falta tener mucha disciplina y seguir estudiando los idiomas de por vida. Un idioma no se aprende en su totalidad: uno va aprendiendo el idioma y lo sigue haciendo a lo largo de toda su vida, al igual que en cualquier campo del saber. Lo mismo sucede con las lenguas madres: nadie puede afirmar un conocimiento exhaustivo de ninguna lengua, incluida la propia. Lo que sí me parece importante es desarrollar el instinto que le permita y le genere a uno la convicción de seguir profundizando, estudiando y avanzando con los conocimientos de un idioma en todo momento, ya sea a través de libros, televisión, Internet. Lo mismo se aplica a lo cultural. Para poder embeberse de una cultura, sobre todo cuando uno no vive en esa cultura, las posibilidades tecnológicas actuales son óptimas y, como ideal, poder pasar un período en el país en el que se habla la lengua a la que uno apunta como objeto de conocimiento.

—¿Cuál es el papel de la teoría de la traducción en la formación del traductor?

—Yo diría que es muy útil. No sé si es absolutamente imprescindible, porque la realidad es que también creo en la existencia de traductores e intérpretes naturales; conozco casos y sé que hay gente que tiene una habilidad innata para traducir. Justamente, en el caso de personas bilingües desde muy temprana edad, podemos decir que hay traductores naturales. Tienen un talento natural que es casi un reflejo. Entonces, me parece que la teoría sí es importante, aporta muchos elementos, una perspectiva interesante, permite una reflexión sobre la traducción y sobre cuáles son los métodos que, por lo menos, les funcionan a algunas personas. Yo creo que puedo leer mucho sobre teoría, incorporar ciertos principios, pero después hacerlos míos, reciclarlos, remixarlos; algunas cosas que a ciertas personas les pueden resultar de utilidad, pueden no resultarme a mí. Es lo que muchas veces marcamos en la Facultad: los trabajos prácticos o la preparación de una carpeta con traducciones no necesariamente representan para mí una garantía de que un alumno incorporó ciertos conocimientos. Si yo, por ejemplo, estoy asistiendo a un curso de idiomas, tomo notas y apuntes, esos apuntes —más o menos sistemáticos o desordenados— me sirven a mí. Y eso es lo importante. O sea que no tiene demasiado valor, para mí, como docente, que un alumno me muestre lo que le funciona a él. Sí desde una perspectiva informativa, pero lo que me interesa a mí es que el alumno, con sus apuntes, con su método de aprendizaje, pueda incorporar los conocimientos básicos que uno estimaría necesarios para seguir con sus estudios.

Más allá de la teoría, hay muchísimo que tiene que ver con la práctica, y creo mucho en aprender traduciendo. Es más, creo que hay mucha gente que se recibe y que no necesariamente sabe traducir todavía; tiene algunos enfoques o rudimentos de lo que es la traducción, pero, como dice el dicho en inglés: *the proof of the pudding is in the eating*. Uno aprende haciendo. Hoy se habla de *learning by doing*. Esto es absolutamente cierto; no tengo dudas. En el caso de la interpretación, quizás haya que abrir otro paréntesis también, porque, si bien la teoría es útil para sistematizar y demás, la realidad es que, como práctica, la interpretación nació como una necesidad funcional y pragmática, no como un concepto tan teórico. Así que ahí el componente práctico es mucho más fuerte y más evidente que en el caso de la traducción. Pero creo que un equilibrio es lo que funciona. A priori, no diría que una —teoría o práctica— es más importante que la otra, ya que ambas se complementan.

—¿Puede el traductor o el intérprete modificar el contenido de los textos o parlamentos que traduce?

—La función básica del traductor, según dijimos al principio, es transportar o trasladar ese mensaje, ponerlo del otro lado. En la medida en que, para poder cumplir con esa función, tenga que simplificar ciertos elementos, agregar u omitir otros, siempre en aras de ese objetivo (transportar el mensaje de manera adecuada), creo que sí. Es una cuestión que suele generar polémica por el hecho de que, para poder tomar ese tipo de decisiones, uno tiene que tener una certeza considerable. Y para tenerla, debe contar con ciertos elementos de experiencia, de conocimiento, de contexto y demás. O sea, uno está caminando por una cuerda floja; no es tan sencillo. Creo que es algo que hay que evaluar en cada caso muy puntualmente. Lo que sí diría es que el traductor no puede ver el texto en la lengua de partida como su amo, es decir, ser esclavo de un texto. El traductor tiene que plantarse ante ese texto o discurso y descifrarlo, porque tampoco podemos santificar al discurso de la lengua de partida per se. Si lo consideráramos perfecto, eso obstaculizaría la posterior etapa de traducción. El texto, tanto escrito como oral, puede presentar repeticiones, omisiones, redundancias, partes más o menos inteligibles, errores. Cuántas veces sucede que nos topamos con errores... Si alguien dice: “En La Quiaca, capital de la República Argentina...”, al traducir al inglés, por ejemplo, —si soy un traductor más o menos conciente del papel que cumpla— no voy a hacerle creer a la persona extranjera que no conoce el contexto geográfico argentino que La Quiaca es la capital de la Argentina. En este caso, el error es tan grosero que no amerita demasiada consulta, salvo que ese tipo de error cumpliera alguna función deliberada en algún tipo de contexto textual, ya sea para crear algún efecto cómico, enviar algún mensaje respecto del desconocimiento geográfico del que está hablando, etcétera. Creo que el traductor tiene una cierta autoridad para decodificar el mensaje y, en función del objetivo de la comunicación en un determinado momento, introducir modificaciones, pero siempre teniendo en cuenta lo que significan una omisión o un agregado significativos y sus consecuencias, y que sus actos no van a estar exentos de consecuencias. Hay intervenciones de los traductores que pueden ser conducentes y neutrales —o incluso mejorar el proceso de la comunicación— pero otras, si el traductor se extralimita, pueden acarrear consecuencias negativas.

—Hay un concepto suyo que es el del millaje. Usted dice que cuanto más experiencia tiene el traductor; más puede intervenir; ¿verdad?

—Sí, es un poco lo que pasa con el famoso *déjà vu*, eso de que “ya lo vi”. No voy a caer necesariamente en el dicho *Once you’ve seen, you’ve seen them all*, con sus particulares connotaciones, pero es cierto que haberse enfrentado a determinado tipo de problemas una y otra vez le da cierta libertad a uno. Por ejemplo, nosotros, en Argentina, trabajamos principalmente con el español rioplatense como lengua de partida y ya estamos muy familiarizados con los “tics verbales” que hay acá, con esos formulismos que se repiten hasta el hartazgo y que quizás no aportan nada. A veces los traductores se ven en la necesidad de traducir esas cosas que, en realidad, no dicen nada. La pregunta que surge es si vale la pena traducir algo que no dice nada.

—¿Se puede ser excelente traductor y excelente intérprete a la vez?

—Creo que hay gente que puede ser excelente traductora y no dedicarse a la interpretación, ya sea porque no tiene las características de las que hablamos al principio o, simplemente, por un tema de preferencia personal (eso también puede pasar). Creo que hay gente que puede ser excelente intérprete y no tener los atributos que hacen que una persona pueda ser catalogada como buena traductora. Y creo que hay gente que puede hacer ambas tareas muy bien y que hasta puede necesitar hacer las dos cosas porque se aburre con una sola. Hay gente que no se imagina todos los días traduciendo y nada más que eso, y entonces necesita del oxígeno que da la interpretación.

—¿Es autorreferencial eso?

—Puede ser. (Risas). Pero la traducción a mí me gusta mucho también, porque es un trabajo que permite alcanzar un mayor nivel de pulido y perfección, ya que la interpretación, desde el vamos, es algo más efímero, más fugaz. Entonces, las posibilidades de llegar a la mejor versión posible en determinado contexto siempre van a ser menores que en el caso de la traducción, donde uno puede dejar que el texto “descanse”, retocarlo, etcétera. En la interpretación, ante determinado desafío, se privilegia el fondo del mensaje y no la forma. En la traducción escrita, tengo la posibilidad de trascender el fondo y concentrarme en la forma. En suma, creo que se puede dar el caso de excelentes profesionales traductores e intérpretes, y, es más, diría que en muchos casos los excelentes intérpretes han sido excelentes traductores antes o, para ser un buen intérprete —en términos más neutrales—, una buena experiencia en traducción realmente marca una diferencia. El trabajo más pausado y de mayor elaboración que permite la traducción da una buena base incluso para desarrollar automatismos. Pasa

que quienes son traductores, cuando ya han tenido ciertos desafíos, ciertas cuestiones, más de una vez, ya han encontrado la forma expeditiva de resolver esos problemas, y luego eso se puede trasladar para enriquecer la labor del intérprete también. El intérprete que hizo ese recorrido cuenta con una gran cantidad de elementos trabajados, digeridos, que le beneficiarán.

—¿Se puede traducir a la lengua extranjera?

—En los países europeos es una práctica muy común que, para traducir a un idioma, alguien tenga que ser nativo. También se observa mucho en el contexto de las interpretaciones en los organismos internacionales: siempre hay una cabina por idioma y, básicamente, en cada una de esas cabinas hay gente que tiene una clasificación A en esa lengua. Es decir, que en la cabina española va a haber gente cuya lengua madre sea el español o que tenga competencias equivalentes a las de la lengua madre, ya sea por haber vivido larguísimo años en un país de habla hispana o por haber acreditado un conocimiento equiparable a lo que sería un nivel de lengua madre.

En la Argentina, quizás por el tamaño del mercado de traducciones argentino —que por otro lado ha crecido mucho en los últimos años—, siempre hubo traducción en ambos sentidos, casi como una práctica inveterada. En su momento, cuando las posibilidades laborales eran más limitadas, me imagino que no muchos traductores podían darse el lujo de decir que sólo traducían al español, así que quizás esto haya tenido que ver con la situación laboral.

Coincido con la idea de que en un mundo ideal, es deseable que una traducción a un determinado idioma sea hecha o, por lo menos revisada, por alguien que maneje ese idioma como lengua madre o que tenga una competencia casi equivalente. Creo que eso se hace especialmente valioso o deseable en la traducción literaria; entiendo que ahí, realmente, es prácticamente ineludible recurrir a un hablante nativo. Si estamos hablando de otras cuestiones más “duras”, científicas, técnicas, etcétera, tal vez se pueda reducir la dependencia del hablante nativo. Es verdad, también, que en los últimos años, la posibilidad de acceder a fuentes originales en diferentes idiomas ha facilitado mucho la tarea traductora, ya que podemos analizar la frecuencia de uso de una palabra o un sintagma viendo cuántos *hits* tiene esa búsqueda. Como decía, en un mundo ideal, los traductores trabajarían siempre hacia sus lenguas nativas.

—¿Son asimilables los conceptos de traductor público y traductor jurídico?

—El traductor público va más allá de lo jurídico, no es solamente un traductor jurídico. Puede estar certificando cuestiones que no estén relacionadas con lo legal. El traductor jurídico es un traductor que se especializa en temas que tienen que ver con el derecho, pero un traductor público puede estar traduciendo un balance, que no tiene mucho de jurídico, por ejemplo.

—*¿Es indispensable que el traductor jurídico sea abogado?*

—Yo creo que si a mí me tocara hacer una traducción sobre un tema médico o de ingeniería, más allá de lo lingüístico, debería rendirme ante la evidencia de que el médico o el ingeniero va a saber más de medicina o ingeniería de lo que yo puedo saber. Supongo que, de la misma manera, ser traductor público y abogado ofrece una ventaja interesante y hasta competitiva, porque uno puede ver las cosas desde otra perspectiva. Lo cual no quiere decir que, para ser traductor jurídico, indispensablemente haya que ser abogado. De hecho, hay mucha gente que, con su acercamiento a las materias jurídicas en la facultad, tiene un conocimiento bastante adecuado que, por lo menos, le permite tener las herramientas para luego ir profundizando por su cuenta, sin estudiar abogacía. Porque, si no, sería impensable la actividad de traducción, ya que si para cada compartimento del saber, para cada actividad, fuera necesario tener un título universitario en esa actividad, los traductores tendríamos un campo de acción limitadísimo.

—*El traductor público, ¿debe asumir una postura particular frente a una traducción pública que debe ser legalizada ante el Colegio?*

—No, para mí, el proceso traductivo —para usar esa etiqueta tan impresionante— es el mismo. Uno se para ante un texto de la misma manera, independientemente de que se trate de una partida de nacimiento del abuelo de una persona que quiere hacer un trámite de ciudadanía para tener un pasaporte de la Unión Europea, o sea una persona que simplemente quiere que le traduzcan una carta que le llegó de su primo húngaro que no habla español; no veo diferencias en ese sentido. Creo que la manera en que uno se planta ante un texto es la misma; lo demás, a mi modo de ver, pasa por un proceso meramente formal.

En el caso de una traducción pública, si me encontrara con un error como el de la confusión de la capital argentina que nombramos anteriormente, trataría, en la medida de lo posible, de contactarme con la persona que me encargó la traducción y preguntarle, ya que, como traductor público, yo tendría que poner lo que dice el original. Ese es un caso en el que no me puedo poner a inventar lo que dice el texto, porque luego quizás alguien puede llegar a impugnar ese texto en sede judicial. Siempre hay que pensar

mal. En un caso como ese, como el sello certifica que la traducción es traducción fiel del original, si el original dice “La Quiaca”, eso es innegable. Ante eso, tengo que tomar el recaudo de consultar a la persona que encargó la traducción.

—*La formación del traductor o del intérprete, ¿necesariamente tiene que pasar por el ámbito institucional?*

—Creo que el ámbito universitario da una estructura de contención académica, orgánica, formativa, que un contexto un poco más suelto, más informal, quizás no ofrezca. Si dejamos de lado el plano institucional, nos quedaría el autodidactismo. En este punto, tengo que decir que soy bastante creyente en los beneficios de ser autodidacta. Justamente yo tengo experiencia, dado que estudié idiomas solo y con muy buenos resultados. Creo que es similar a lo que sucede con los apuntes y demás: es la medicina que funciona para cada uno. Yo siempre cito al Dalai Lama: él dice que su finalidad no es imponer el budismo, porque, tal vez, el budismo no es para todos. Si alguien está muy feliz siendo cristiano, siendo musulmán o lo que sea, esa persona tal vez no tenga la necesidad de incorporar ciertos preceptos del budismo. Él hace una comparación con los medicamentos y dice que algunos funcionan bien para algunas personas, los curan, los sanan, pero esa misma droga quizás a otro individuo no le sirva. Creo que lo mismo pasa con los apuntes y con los métodos de aprendizaje; cada uno tiene que ver qué le sirve más. El entorno institucional tiene la ventaja de generar un mayor compromiso psicológico, una mayor presión, porque hay horarios de cursada, hay plazos de entrega de trabajos prácticos o de traducciones, hay que leer ciertos textos; entonces, esas son ventajas. Fuera de ese marco, acorralado por otras exigencias de mi vida cotidiana, no tengo un censor moral —más allá del interno— que me exija la entrega de una traducción o de un trabajo práctico. De todas formas, creo mucho en el autoaprendizaje, que puede dar muy buenos resultados si uno es constante y tiene la facilidad para ese método de estudio. Hay gente que necesita una guía, y es cierto que, como en cualquier ámbito de la vida, el estar con otra persona que vea las cosas desde otra perspectiva es muy útil.

—*El autodidactismo, ¿tiene que ser una constante en la carrera del traductor?*

—El autodidactismo es un estilo de vida. Uno no deja de estudiar nunca. Yo creo que alguien que es ontológicamente traductor no se limita a estudiar cuando va a la facultad o cuando está en clase; está estudiando cuando ve un cartel en la calle, cuando oye una canción o cuando ve algo

que le llama la atención y se pregunta cómo se diría en otro idioma, y, si no lo sabe, lo anota y lo busca. Trata de buscar oportunidades para aprender y enriquecerse en cada milisegundo de la vida. Aparte, creo que si a uno le gusta la traducción, no tiene posibilidad de aburrirse en la vida. Es tanto lo que hay para estudiar...

—*¿Cómo nació su vocación por la traducción y por la interpretación?*

—Es una buena pregunta; yo también me la hago. (Risas). Ni siquiera sé cuándo nació. Quizás pasó por el hecho de que originalmente me gustaba mucho la idea de la docencia, ya desde bastante chico me gustaba enseñar; incluso de bastante joven empecé a dar clases particulares de inglés. Eso implicaba estar trabajando con dos idiomas. La cuestión de la traducción debe haber sido un poco accidental: alrededor de los trece o catorce años, algunos conocidos empezaron a preguntarme si podía hacerles alguna traducción. En realidad era a mi padre, que se ocupaba de tareas contables, a quien le preguntaban y, como él no tenía tiempo, me las pasaba a mí. Así fue como empecé con la traducción, un poco accidentalmente, y más me gustó cuando me di cuenta de que podía ganar dinero.

—*Cuando terminó la secundaria, ¿se dio cuenta enseguida de que quería hacer la carrera de traductor?*

—Sí. Me inscribí simultáneamente para las carreras de abogacía y traductor público de inglés, con la idea de seguir la carrera diplomática. Como empecé a trabajar desde temprano como traductor, me gustó mucho y fui posponiendo el tema de la abogacía y del ISEN (Instituto del Servicio Exterior de la Nación). Siempre me gustó descifrar códigos. Cuando era chico, estaba la revista *Anteojito*, que venía con un diccionario multilingüe. Entonces, yo recurría a mi diccionario Larousse (para mí, desde chico, era fascinante el libro como objeto), que tenía sus páginas rosadas en la mitad del libro con locuciones extranjeras y latinas. Iba incorporando como una esponja esas cuestiones; me fascinaba aprender los alfabetos, inventar los propios, etcétera. Quizás entró por el tema del entretenimiento, de descifrar otro código. Fueron muchas cosas que, sin suceder de una manera sistemática, fueron forjando mi gusto por la traducción. Yo disfruto de los idiomas, al igual que de los libros. Para mí, un libro es de lo mejor que hay en el Universo.

—*¿Cómo fue su formación académica?*

—Después del traductorado público de inglés y de abogacía, hice el traductorado público de alemán y luego el de francés. Y, además, hice el curso de interpretación para alemán; o sea que mi primer curso formal en

interpretación fue por el alemán, así que las técnicas sistemáticas las adquirí ahí, aunque yo ya venía trabajando como intérprete de inglés. El curso lo dirigía Renata Hoffman, una traductora señera, que fue quien creó el curso de interpretación y de traducción en el Instituto Goethe. Ella se había formado como intérprete en Alemania y, cuando volvió a la Argentina, armó los cursos en el instituto, que fueron muy concurridos. En ese momento eran la única opción para estudiar interpretación de alemán.

—¿Cómo fue el ingreso al mundo de la interpretación?

—Fue por casualidad: me habían llamado para unas interpretaciones de conferencias de músicos y, por alguna razón, se corrió la voz de que yo era un intérprete especializado en música, y me empezaron a llamar por ese lado. Después me llamaron para otras actividades no relacionadas con la música.

—¿Tuvo preparación previa a la entrada en cabina?

—Mi debut en la cabina fue directo. Creo que ya estaba terminando el curso de interpretación de alemán, aproximadamente en el año 1993. Y, hasta ese entonces, había estado interpretando no en cabina, sino en reuniones, en cosas más chicas, gente que conocía mi padre, visitas, conversaciones telefónicas; esas fueron mis primeras actuaciones como intérprete. Cuando tenía quince o dieciséis años, algunos conocidos de mi padre que tenían empresas necesitaban interpretación telefónica. También les traducía cartas comerciales. La primera interpretación que hice en cabina formalmente fue para el Consejo de Rectores de Universidades Europeas; el tema era educativo, que me encantaba. Y convoqué a un colega ahora muy reconocido, también traductor e intérprete, Daniel Giglio, que en esa época también se estaba especializando en interpretación simultánea. Él estaba ya en condiciones de trabajar en cabina, pero todavía no había hecho su debut. Le propuse sumarse, y aceptó.

—¿Tuvo algún mentor en el campo de la interpretación?

—Los primeros pasos en realidad fueron autónomos. Diría que durante los primeros cuatro o cinco años, fue casi como el tema de la traducción: gente que me iba conociendo y recomendando, clientes que les pasaban mis datos a otros clientes, me llamaban y se hacía la cadena típica de todo profesional independiente. También empecé a viajar bastante, interpretando en cursos, en Estados Unidos o en algún otro país. A veces acompañaba a grupos de argentinos que viajaban al exterior para cursar seminarios o hacer cursos. Entonces, yo viajaba con Daniel Giglio para trabajar en las capacitaciones. En uno de esos múltiples viajes, me contacté con Ana

Braun, que también fue una importante coordinadora de intérpretes en la Argentina y trabajó muchos años en la Cancillería. Nos conocimos en el mercado privado, en Estados Unidos; le interesó mi perfil y me propuso trabajar juntos. En esa época (alrededor de 1996), yo estaba con mucho trabajo. Tardé en volver a ponerme en contacto con ella, pero nos volvimos a cruzar, me “reclamó” que aun no la hubiera llamado, hasta que finalmente nos reunimos en Buenos Aires y, a partir de ahí, me contacté con todo el grupo de intérpretes de ADICA. Fue una cosa más casual que planificada.

—¿Conocer a Ana Braun lo llevó a ser el intérprete de Presidencia?

—De alguna manera, fue el primer paso, porque ahí empezamos a trabajar casi lado a lado, no solamente en los temas gubernamentales, sino también en muchas cosas privadas.

—¿Cómo fue su llegada a Presidencia? ¿Fue un cambio muy brusco el paso del mercado privado a ese sector?

—Creo que no. La forma de pararse uno ante el trabajo no difiere mayormente. Lo que tengo que hacer es mediar en la comunicación, centrarme en el mensaje que se está queriendo transmitir y en cómo transmitirlo en el otro idioma. Ni la mayor exposición pública ni la presencia de cámaras afectaron la esencia de mi trabajo. De alguna manera, uno hace abstracción del contexto. Pero, desde ya, estar en una cabina tiene innegables beneficios en términos de sosiego. La cabina es, a veces, el paraíso del intérprete, por la protección que da y la posibilidad de mediar en la comunicación de manera casi instantánea. Tiene una mística diferente del trabajo fuera de la cabina, independientemente de lo interesante que tiene cada modalidad.

Lo que impone el contexto es una mayor o menor formalidad. La cámara exige guardar más formalidad, hay que cuidar más los gestos. En la cabina, como nadie me está viendo, si gesticulo o me posesiono e imito al orador, no hay problema. En cuanto al núcleo del trabajo, el contexto no modifica demasiado la mecánica.

—¿Cuál es el marco institucional del Departamento de Traducciones de la Cancillería?

—Originalmente se llamaba Unidad de Coordinación de Traducciones. Desde que yo estoy a cargo, hemos hecho unas modificaciones orgánicas y le dimos un perfil más parecido al de otros países, como Estados Unidos y Alemania. Lo que hace la actual Dirección de Traducciones es cubrir los requerimientos lingüísticos de la Cancillería misma, ya sea traducción de documentación escrita o interpretación en reuniones, visitas, etcétera. Y de acuerdo con la estructura de los servicios de traducción de Cancillería,

la competencia primaria de atención de los requerimientos de traducción presidenciales también nos corresponde a nosotros. Es un modelo similar al de Estados Unidos, Alemania y Francia. Por eso es nuestro deber asistir a la Presidencia, algo similar a lo que sucede con la Dirección Nacional de Ceremonial, que está asentada en la Cancillería y trabaja en los desplazamientos presidenciales o contactos presidenciales con funcionarios extranjeros. Es decir que funcionalmente atendemos a la Presidencia.

—¿Cómo se conforma el equipo de traductores de Cancillería?

—Como personal estable tenemos a siete traductores públicos, debido a la clara tendencia de este ministerio hacia las temáticas diplomáticas, jurídicas, etcétera. Algunos de estos traductores están formados o se están formando en interpretación. Lo que no tenemos es gente que se dedique exclusivamente a la interpretación, debido a que la necesidad de este tipo de servicios es más esporádica y específica. Además tenemos una red de profesionales a los cuales recurrir en caso de necesidades extraordinarias o para cubrir idiomas de menor difusión.

—¿Con qué idiomas trabajan principalmente?

—El inglés lleva la delantera. En segundo lugar, probablemente esté el portugués, que está tomando cada vez más fuerza. El francés, que antes era el segundo, ahora quedó un poco más relegado, con el tema del Mercosur y con el cambio de rol de Brasil en el mundo. Luego vienen el alemán; el italiano; en menor medida, el árabe. Después, tenemos requisitos esporádicos en otros idiomas.

En la planta estable, todos hacen inglés. Algunos, además, hacen alemán; otros, francés; y algunos, portugués. No tenemos gente que se dedique exclusivamente a un idioma que no sea el inglés, que es ineludible. Esto mismo está pasando a nivel mundial; la formación en un único idioma extranjero es cada vez más infrecuente; se necesita tener por lo menos dos idiomas. También pasa con los intérpretes: hoy en día es muy difícil encontrar un intérprete que no sepa nada de inglés y solamente se especialice en otro idioma; ya todos tienen por lo menos un conocimiento pasivo del inglés.

—En esta dirección, ¿tienen pautas para el trabajo cotidiano?

—Un estándar bastante habitual en organismos internacionales es el límite de dos mil palabras por día. También tratamos de mantener criterios de salubridad, pero muchas veces se nos presentan situaciones que tienen que ver con necesidades políticas que alteran nuestro esquema (si uno sigue con detenimiento la historia argentina reciente, podrá notar que hay ciertas situaciones vinculadas con necesidades políticas que presentan

exigencias extraordinarias en cuanto al volumen de material para traducir, como, por ejemplo, el caso de las papeleras o los preparativos para el Bicentenario, la Feria del Libro o la Exposición de Shanghai).

Por otro lado, desde que hicimos la reestructuración y tratamos de asimilar más el servicio al de los países que tomamos como modelo, nuestros requerimientos internos aumentaron mucho, porque hacemos un control de calidad que apunta a ser exhaustivo. Por supuesto hay situaciones de urgencia extraordinaria, pero hemos implementado un proceso de control de calidad bastante riguroso y de asignación de tareas según las competencias específicas de los profesionales.

—*¿Cómo aprendió inglés, francés y alemán, y cómo fue cursar los traductorados?*

—El aprendizaje del inglés empezó con mis padres en casa, donde era el idioma oficial, como ya dijimos.

En cuanto al francés, ya había empezado a aprenderlo de muy chico en casa porque mi madre tenía algo de francés en la familia y me lo enseñó. Después lo seguí estudiando formalmente en cursos del estilo Alianza Francesa.

En el caso del alemán, el autodidactismo tuvo mucho que ver, porque lo estudié solo, con un libro y con casetes, desde los trece hasta los dieciocho años. Aprovechaba cada oportunidad que se me presentaba de hablar alemán. Con esos conocimientos me presenté a un examen de nivel en el Instituto Goethe y me inscribieron en el último nivel. Hice un año ahí y después hice los cursos de traducción e interpretación. Cuando terminé con los cursos allí, sentí que necesitaba algo más en que ocuparme y empecé el traductorado público de alemán. Después me tomé unos años e hice el de francés, que lo di en parte libre y en parte cursando como oyente. Ahí ya fue más difícil mantener la regularidad de la cursada por cuestiones laborales.

—*¿Cómo se definiría si tuviera que decir a qué se dedica: intérprete, traductor, abogado, profesor?*

—Traductor e intérprete, decididamente. De nuevo, ontológicamente no me considero un abogado; si bien tengo mi título y conocimientos jurídicos, no es lo que hago. Uno se define no por lo que dice de sí mismo sino por lo que hace: lo que yo hago es traducir e interpretar; y me encanta.

La docencia también me gusta mucho. Tengo siempre presente la idea de armar cursos para etapas futuras en las que tenga más tiempo, que me permitan compartir experiencias. La teoría es muy útil, pero desde lo práctico se

pueden aprender muchas cosas también. Hoy en día sería un poco ilusorio porque no podría encargarme yo personalmente. En los últimos años, logré encontrar espacios para dictar personalmente los cursos de la Facultad y puedo ir una vez por semana al de la mañana y una vez al de la noche, salvo cuando tengo que viajar. También estoy dando un curso en la maestría, de introducción a las técnicas de interpretación. Más en este momento sería poco realista porque no podría mantenerlo y me interesa poder interactuar personalmente con los alumnos.

—¿Cómo fue su llegada a la docencia?

—Cuando estaba en segundo año de la Facultad, había terminado de cursar Lengua Inglesa II y la titular de ese entonces me propuso trabajar como ayudante alumno y ese fue mi primer contacto. Después también me ofrecieron trabajar como ayudante en Lengua III y, cuando terminé Traducción IV, me ofrecieron trabajar como adjunto, apenas recibido. Eso fue durante un año, hasta que me llegó el ofrecimiento de Lengua III y acepté, incluso por una afinidad con los contenidos de la materia. En 1997, asumí la titularidad de Traducción III (inglés).

—¿Qué piensa de los movimientos lingüísticos que tienden a simplificar el lenguaje jurídico y administrativo?

—Es una pregunta interesante. En realidad, yo veo que la simplificación puede tener sus aspectos positivos en cuanto a la discusión de ciertas cuestiones y la posibilidad de que un mensaje llegue más claramente, pero también la simplificación implica riesgos de pérdida de algunos elementos que son significativos en cuanto a sentido, a lo que se quiere decir, y hasta desde el punto de vista estético. Una frase que tal vez sea muy complicada puede hacer que valga la pena la simplificación, pero no sé si la simplificación debe ser siempre un objetivo. No puedo dar una respuesta taxativa, pero cuando veo uno de esos libros de *plain language* —quizás porque uno es un animal de costumbre— me da la sensación de que el estilo que proponen a veces termina siendo casi demasiado simple, lo cual también puede tener un efecto extraño. Por eso me refiero a las variables estéticas. Quizás también sea porque un texto, más allá del valor comunicativo, tiene un valor estético y hay ciertas estructuras de mayor complejidad en los idiomas que son más bonitas; cuestión de gustos. Debo decir que el *plain English* no es un tema que haya ocupado muchas horas de mi actividad. Sí me parece importante tener la capacidad de simplificar conceptos en determinados contextos, incluso me parece muy útil en materia de traducción e interpretación. Lo que hacen los defensores del *plain language* es una

intertraducción, traducen del inglés al inglés, pasan un texto muy complejo a uno más sencillo. Si eso lo aplicamos al plano interlingüístico, entre dos idiomas diferentes, es una buena forma de enfocar la traducción. Si un traductor no encuentra, en primera instancia, la forma de traducir una determinada frase o estructura muy compleja a otro idioma, puede hacer un ejercicio de simplificación en el idioma de partida y traducir ya no la frase compleja sino la frase simple y de alguna manera llegar al mensaje en el otro idioma. No te diría que soy un ferviente defensor del *plain English* ni tampoco un vigoroso opositor. No es algo que me haya despertado una vocación analítica excesiva.

—*¿Qué opinión le merece el plan de estudios de la carrera de Traductorado Público de la UBA y qué le modificaría?*

—No podría emitir una opinión en abstracto; habrá que verlo funcionando. A mí aún no me ha llegado la ola del nuevo plan, todavía sigo con alumnos en el formato anterior. Lo que sí me pregunto es si alcanzará el tiempo para cubrir los contenidos en los módulos que se han estructurado. En una primera aproximación al programa, lo que noto es que con muchos de los contenidos que, en el caso de nuestra materia, Traducción III, se dan a lo largo de un año y con bastante profundidad, ahora va a haber que apurar el paso y ver cómo asegurar que se puedan seguir viendo ciertos temas en detalle. Un aspecto positivo es que se incorporan nuevas materias que tienen que ver con la fonología y otras materias hasta ahora inexistentes en la carrera; es decir, que se abre un poco más el campo, porque se han dado casos de traductores que han pasado por el Traductorado casi como si fueran estudiantes de lenguas muertas, sin contacto con la fonología y la realidad del idioma viviente. Si bien es hipotéticamente posible que alguien sea un excelente traductor sin saber pronunciar, me parece que habría que buscar un equilibrio, sobre todo en el caso de un traductor público que también tiene como parte de sus incumbencias la actuación en sede judicial, como perito.

—*¿Le parece que es justa la asignación de la actuación en sede judicial al traductor público en función de los conocimientos que se le imparten en la universidad?*

—Creo que para trabajar como intérprete se necesita algún tipo de vocación muy particular y habilidad, ya sea innata o adquirida, pero no va de suyo que alguien que es traductor pueda actuar eficientemente como intérprete.

—*¿Considera valiosa la inclusión de materias de interpretación en la carrera?*

—Opino que una formación en interpretación, aunque sea un primer enfoque, a nivel introductorio, es útil, por lo menos para permitir que quienes tengan que trabajar como peritos tengan una idea de lo que es una situación de interpretación, que dista bastante de lo que es una situación de traducción.

—*El traductor público, ¿es fedatario?*

—Últimamente ha habido una serie de debates bastante interesantes al respecto. Creo que tiene una fe pública delegada. Sin entrar en un análisis demasiado profundizado respecto de la calidad de fedatario o no, diría que el traductor tiene un carácter de fedatario que surge de la delegación que hace la ley.

De todas formas, creo que se podrían trabajar ciertos aspectos de la ley como para consolidar un poco el papel de fedatario que tiene el traductor, que es distinto de la función fedataria que puede tener un contador. El tema del traductor público es que no hay una posibilidad de traducción unívoca, no se puede traducir una palabra de una única manera. Cuando yo digo que algo es traducción fiel, algo hay que interpretar de eso, y básicamente la discusión que se engancha con esto es si más allá de la función de fedatario del traductor público, las traducciones públicas son instrumentos públicos o no, o si tienen una naturaleza sui generis y van a ser instrumentos públicos en la medida en que se presenten ante un organismo público, en sede judicial o lo que sea, o en todos los casos, per se, desde el momento en que llevan la firma del traductor.

—*¿Qué opinión le merece el estado actual del mercado de la traducción y la interpretación?*

—El mercado en la Argentina es bastante activo y vigoroso, lo que quizás necesitaría mejorarse es el tema del reconocimiento de los traductores de su propia importancia, lo cual tiene un impacto muy significativo sobre cuestiones como los honorarios, porque se ve gente que trabaja en condiciones que no son las óptimas, tanto a nivel de plazos como a nivel económico, y creo que ahí hay muchas cosas para mejorar. Sí veo que hay muchas posibilidades de trabajo para los profesionales y más para los buenos. Veo también que el mercado está mucho más globalizado, es un mercado mucho más abierto y más competitivo, también. El tema es que, muchas veces, la competencia termina pasando por el precio y no por la calidad o los antecedentes. Eso yo lo veo como un área que habría que trabajar. Creo que además de relacionarse con lo ético, tiene que ver con la autoimagen del traductor. Es clásico el reproche de los clientes, que se

quejan por los honorarios cobrados por una traducción pública (“¡pero si son diez renglones!”), pero para certificar la traducción de esos diez renglones en una traducción pública, poniendo en juego mi buen nombre, mi reputación y mi responsabilidad legal, tuve que estudiar muchos años. Los traductores no deben olvidar que son profesionales universitarios y que así como una persona que tiene una dolencia va a visitar al médico y no le negocia el precio, en un mundo ideal tendría que darse la misma situación con los traductores.

—*¿Qué recomendaciones les podría dejar a los estudiantes de traducción e interpretación?*

—Tengo un par de consejos, si es que se puede considerar que se le pueden dar consejos a alguien. Primero y principal, amar lo que se hace. Creo que esa es la clave del éxito en cualquier profesión; si uno ama lo que hace, lo demás viene por añadidura. Segundo, la formación continua. Vuelvo al tema de insistir en cualquier oportunidad que se presenta en los contextos más diversos, ya sea un contexto formal o informal. Finalmente, tratar de ver las posibilidades que se les presentan de especialización, de encontrar un nicho en el que sientan que pueden brindar un servicio distintivo, algo que el resto de los profesionales no están ofreciendo y que les permita obtener posibilidades de desarrollo personal y económico.

—*Traductor Kerr, muchas gracias.*